

LEYENDA SÉPTIMA.

LAS PÍLDORAS DE SALOMON.

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
De la Extremadura un juez
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,
Formidable bebedor...
Hombre en fin de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solía decir:
« El que dinero no tenga
« Que no litigue, ni venga
« Justicia mia á pedir.

« Porque si hacerla es mi oficio
« No he de ser tan majadero
« Que no sea yo el primero
« Que goce su beneficio. »

Y con con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afan,
Vivir y gozar sin tasa,

De modo que era en su casa
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mujeres,
Fruto eran de sus justicias.

Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,

Era este juez, (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado.

Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demás
Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opipara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda exponía,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla extremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir

De su pródigo destino.

Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen extremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de exilar,
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el rey;

Y pensar que un grosero
Sayal áspero enterrado,
Habia de ser pateado
Por algun sepulturero;

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traia,
Y apechugar no podia
El extremeño con él.

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,
Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno por uno
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta mania
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia

Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demás de las doncellas,

Era tambien el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevare á mal.

El era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y así la melancolia
De la vida iban matando
En la noche prolongando
Las bacanales del día.

Y así contentos los dos
Aunque con diversos fines,
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla
Imperturbable verdugo
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla.

E iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños
Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

Es una noche de marzo
Turbia por demás y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan,
Desiertas están las calles
De Medellín, y en la sombra
Todo solitario yace,
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas,
Y el ágrío son con que giran
En las ahujas mohosas
Las veletas al impulso

De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Giró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola

Con que alumbraba los pasos
 De otro que á distancia corta
 Le seguía y los demás
 Daban á este último escolta
 Embozados en sus capas
 Y asidos á sus tizonas.
 Cruzaban así á buen paso
 Las calles uná tras otra
 Y ya tocaban al término
 De su marcha silenciosa ,
 Cuando al salir á una plaza
 Dieron de manos á boca
 Con la figura de un hombre
 Que la cruzaba á deshora.
 Su aventajada estatura ,
 Serena y majestuosa ,
 Su tez y su barba negra
 Y el traje con que se adorna,
 Su oriental origen pronto
 Y á claras voces pregonan.
 Mas no era de Medellín
 La gente en trajes muy docta
 Y así se quedó un momento
 Ante esta vision atónita.
 ¿ Quién vá? (dijéronle)
 —Un hombre.
 —¡Buena razon!
 —No tengo otra.
 —¿ Vuestro nombre?
 —Es un secreto
 Que á mi tan solo me importa.
 —¿ De dónde venís?
 —Del mundo.
 —¿ Dónde vais?
 —Donde me arroja
 El impulso á que obedezco.
 Mi rumbo es la tierra toda.
 Por ella camino siempre
 Sin consultar mi derrota.
 Donde amanece principia,
 Donde anochece se corta,
 E igualmente me cobijo
 En la corte que en la choza.
 Quedó el juez meditabundo
 Y con sus miradas torvas

Tomando del extranjero
 Las señas mas minuciosas.
 Y al fin como quien sospecha
 Idéntica la persona
 Con las señales que tiene
 Repuso con voz de mofa.
 Veníos, señor viajero ,
 A la cárcel por ahora
 Y aclararemos mañana
 Respuestas tan misteriosas.
 —Solo la verdad he dicho
 Y no añadiré otra cosa.
 —Mañana habeis de contarme
 Sin rebozo vuestra historia ,
 Y si me engaño ireis libre ,
 Si sois quien busco á la horca.
 A esta amenaza el incógnito
 Con sonrisa melancólica
 Dijo : ¡ Si fuera posible
 Esa promesa engañosa!
 —Ya lo veremos mañana.
 —Mañana ¡ay! saldra la aurora
 Y á otros lugares la brisa
 Me arrebatará imperiosa.
 —Eso será lo que sea
 Vuestra merced.
 —En buen hora.
 —Ea, asíde y registradle ,
 Y prevenir que no esconda
 Papel ni objeto que aclare ,
 Su relacion sospechosa.
 —
 De la mañana siguiente
 Rayaba la aurora apenas,
 Y ya el juez de Medellín
 Asentado ante su mesa
 Con ojos devoradores
 Registraba una cartera ,
 Que en su pupitre tenia
 Cuidadosamente puesta :
 Era un libro de memorias,
 Mas de tan antigua fecha
 Que ya de usarlas andaban
 Todas sus hojas revueltas.
 Veíase que añadido

Estaba en distintas épocas ,
 Segun el papel menguaba
 Y crecía la materia.
 Y era indudable que el dueño
 Conocía muchas tierras ,
 Muchas distintas costumbres
 Y muchas gentes diversas.
 Porque en sus hojas se hallaban
 Corolarios y advertencias
 De los sucesos mas célebres
 Que en las historias se cuentan.
 En seis hojas de papiro
 Escrita en latinas letras ,
 Estaba de Marco Antonio
 Toda la historia secreta.
 Su amor hácia Cleopatra ,
 Las lágrimas de la bella ,
 Su fuga de los romanos
 Y su muerte lastimera.
 Mas adelante unas notas ,
 De oscuras cifras hebreas
 Con una imágen de Cristo ,
 Obra de mano maestra ,
 Leíase en una parte :
 «Y oi de su boca mesma
 Decir esto á Constantino
 De su madre Santa Elena.»
 En otra parte decia:
 «Copia de las cifras negras
 Con que escribió en una gruta
 David su salmo cincuenta.
 Hizomelas ver su hijo
 Cuando visitó esta cueva
 Donde iba el rey pecador
 A cumplir sus penitencias.»
 Y eran unos caracteres
 Inteligibles apenas.
 Leíase en otra hoja:
 «En mil trescientos setenta
 De don Pedro de Castilla ,
 En Burgos ví las exequias.»
 En otra parte una página
 De preguntas y respuestas,
 De el rey Luis XI de Francia ,
 Y el dueño de la cartera.

Aquí variaba el papel,
 Y con pluma mas moderna
 La escritura ejecutada
 Leíase toda entera.
 Habia allí muchas firmas
 De personas de gran cuenta
 De Luis XIV de Francia,
 De Ricardo de Inglaterra ,
 Del emperador don Carlos
 De Alemania, y en pos de esta
 La del cardenal Cisneros
 Y Carlos XII de Suecia.
 Parecía que aquel hombre
 Sabia todas las lenguas,
 Pues notas tenia escritas
 De su mano en todas ellas.
 Y era muy sábio sin duda,
 Pues las artes y las ciencias
 Igualmente sometia
 A su crítica severa.
 Pasaba el juez muchas hojas
 Que probablemente eran
 Aquellas que no alcanzaba
 Su mezuquina insuficiencia.
 Pero con ansia indecible
 Se apoderaba de aquellas
 Que escritas en castellano
 Suministrábanle ideas.
 Sobre todo ávidamente
 Devoraba las postreras
 Que estaban la mayor parte
 De historias y versos llenas.
 Muchas habia de insignes
 Desconocidos poetas,
 De quien por mas que valieron
 Huyó la fortuna adversa.
 Mas siempre del juez dejaba
 La imaginacion incierta
 Cuanto en las hojas leía
 De la confusa cartera :
 Porque esparcidos á trozos
 En desordenadas piezas
 Sus misteriosos fragmentos
 Decían de esta manera :

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé: siempre á mis ojos
Se extiende y á mis piés algun camino.
Por breñas, por pantanos, por abrojos
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
Mas que miseria, ingrátitud y dolo,
He sentido tal vez duelo profundo
Por falta de un hermano vagabundo
Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
Esa orgía que llaman mundo
Al plomo apellidan plata
Y madre á la tierra ingrata
Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
Tan magnífico farol,
Es porque en vez de consuelo
Reverberando en el suelo
Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:	Te las hizo acariciar.
«Puro tu honor guardarás.»	Puso á tus puertas un templo,
La hermosa dijo: «Soy débil.»	Un muro entre la ciudad;
Y entonces la sociedad	Celosías en las rejas,
Encerró el honor en claustros,	Locutorios para hablar:
Y dorando su desman	Y tú en tu largo abandono
Delante de los cerrojos	Con descuido criminal
Alzó traidora un altar.	Profanaste el santo templo,
¿Qué debes, mujer, al mundo?	El muro pasaste audaz,
Guardó tu honor, bien está,	El mundo á las celosías
Pero por darte la honra	Te sentaste á contemplar,
Te robó la libertad.	Y abriste apenada tornos
Ciñó á tu cuello una toca	Que al mundo van á llevar
Que fué para tí un dogal,	En primorosos juguetes
Que en vez de ahogar tus pasiones	Los suspiros de tu afan.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué sér velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo-ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento nó.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente!—¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo!—¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las vé en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumentó la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo les impele? ¿qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravia
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinai,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «TU DIOS SE ESCONDE ALLÍ.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: «TU DIOS SE ACERCA Á TÍ.»

Te acercas, si; conozco la orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, si, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento; la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hábito llegára al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajára tu espíritu inmortal,
Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantára, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Y aunque mi vista impura tu aparición no vé,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

IV.

Cuando sentí de tus ojos
 Las miradas sobre mí,
 Humildemente de hinojos
 Ante tus plantas caí.
 Señor, tu soplo me impele,
 Tu voz me sigue detrás,
 No hay nadie que me consuele
 Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
 Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra
 Imagino que es mi último en la tierra,
 Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos
 El buen juez, y empezó á dar
 Furiosos campanillazos,
 Con desatinado afán.
 ¡Jesus mil veces! (decía)
 Sino lo comprendo mal
 Este hombre ha vivido siglos
 Sin envejecer jamás.
 Ya di con lo que buscaba
 ¡Voto va Dios! aquí está,
 Este hombre tiene un secreto
 Con que obra prodigio tal,
 Y como instantes los años
 Dulcemente se le van.
 De que modo se compone
 Para hacerlo me dirá,
 O por quien soy que esta noche
 Con Lucifer vá á cenar.
 ¡Lo hemos de ver á fe mia!
 Lorenzo, Justo, Damian,
 —¡ Señor!

—El preso de anoche
 Idme corriendo á buscar,
 Y á mi presencia traedle
 En diez minutos lo mas.

Hizose así, y tan á tiempo
 Que este plazo al espirar
 Con el extranjero á solas
 El juez se encontraba ya.
 EL JUEZ.
 De este lugar no salís
 Mientras no sepa de vos
 Vuestra edad, patria y oficio,
 Que buscáis aquí y quién sois.
 Responded pues francamente.

EL EXTRANJERO.
 Ya os dije anoche, señor,
 Que es un misterio mi nombre
 Que á no descubrirle yo
 No hay quien le alcance en la tierra
 Ninguna interpretacion.
 Yo voy sin fin caminando
 De la tierra en rededor
 Sin poder elegir sitio
 En que fijar mi mansion.
 Llego á poblado de noche,
 Descanso hasta el nuevo sol,
 Pero al despuntar el alba
 «¡ Marcha!» me dicen, y voy.
 En vano el poder del hombre

Su capricho ó su temor,
 Torcer intentan el rumbo
 Que el cielo me señaló.
 En vano á necias sospechas
 Abrió su corazón
 En un lugar como espía,
 En otros como traidor
 Asegura mi persona
 En una oscura prision,
 Y ata mis piés fatigados
 En un potro infamador.
 Yo sé á la nueva aurora
 Volveré á oír esa voz
 Que siempre me grita «¡marcha!»
 Y á cuyo mandato, voy.
 Y entonces todo es inútil
 El torbellino veloz
 De mi destino á otra parte
 Me arrastra sin compasion.
 Este es mi oficio y mi suerte,
 Mi sér es este, señor.
 No pretendais saber mas
 De lo que os digo.

EL JUEZ.

—¡ Eso no!

En vano inventa tu lengua
 Tan insensata ficcion;
 Pese á ese fatal destino
 Que dices llevarte en pos
 Si á mis preguntas te niegas
 Tu fin verdadero es hoy.
 EL EXTRANJERO.
 Las amenazas no pueden
 Torcer mi resolucion,
 Mas ya que es tanto el antojo
 Preguntad.

EL JUEZ.

¿ De dónde sois?

EL EXTRANJERO.

De Jerusalem.

EL JUEZ.

¿ Qué años

Contais?

EL EXTRANJERO.

Veinte y dos

Siglos lo menos.

EL JUEZ.

¡ Es cierto

Lo que decis! con que vos
 Que contais veinte y dos siglos....
 Mas me falta la razon:
 ¡ Hablad, hablad, explicadme
 Ese misterio por Dios!
 Yo he visto en esa cartera
 Que habeis llorado el dolor
 De caminar siempre solo
 Extraño á toda aficion.
 Pues bien del secreto hacedme
 Partícipe, y por mi honor
 Os juro que desde ahora
 Vuestro compañero soy.

EL EXTRANJERO.

¡ Oh delirais! mas oidme
 Toda mi historia señor.
 Yo he sido el mejor amigo
 Del sábio rey Salomon,
 (Y al escuchar esto el juez
 Dos pasos retrocedió
 Y así siguió el extranjero
 Sin notar su conmocion)
 Cuando aquel rey descarriándose
 A los vicios se lanzó,
 Y vió de su muerte cierta
 El gesto amedrentador,
 Me dijo: «Abasuero, en prueba
 «De que aun en mi corazón
 «Vive tu amistad ilesa,
 «A hacerte una ofrenda voy.
 «Mezcla lo que ves escrito
 «En esa tablilla, pon
 «Esa receta por obra
 «Y vivirás mas que yo.
 «Eso ha alcanzado mi ciencia
 «Mas con la cruel condicion,
 «De que ha de gozar otro hombre
 «Su beneficio, y yo no.
 «Tú solo no has olvidado
 «A tu rey: toma, y á Dios.»
 A estas palabras el alma
 Entre mil congijas dió,

Mirad , con esta receta
 Hice yo la confeccion
 De estas pildoras que llevo
 En esta caja : y con dos
 Que tomo cada cien años
 Otros cien años me doy.
 Oid sin interrumpirme ,
 Que hay poco tiempo , señor ;
 Yo ¡ necio ! con mi secreto
 Volvime duro , feroz ,
 Hiceme en fin un malvado
 De perversa condicion.
 Vivía en Jerusalem
 Al morir el Redentor ,
 Y al conducirle al suplicio
 En que la vida nos dió ,
 Lleváronle por delante
 De mi casa , y al rumor
 De los gritos y al tumulto
 Del pueblo sali al balcon.
 Tendióme Jesus las manos
 Pidiéndome por favor
 Un vaso de agua , y un punto
 De reposo y detencion.
 —«Marcha (le dije inhumano
 Y con ademan feroz)
 «Vé sin descansar al sitio
 que la ley te señaló.»
 Entonces él con voz mansa
 Mas que me heló el corazon
 Me dijo : «Tú tambien ¡ bárbaro !
 «Andarás en derredor
 «De tu sepulcro girando

«Sin descanso ni mansion.»

Yo soy el Judío errante ,
 Esta es mi historia , señor ;
 Estas pildoras me alargan
 La vida , y con ellas Dios
 Rejuvenecer me ordena ,
 Y rejuvenezco y voy.

Aquí el juez de Medellin
 Tras grave meditacion ,
 Ante el Judío de hinojos
 De repente se postró ,
 Y así llorando le dijo :
 —Dadme una corta porcion
 De esas pildoras , y os juro
 Caminar siempre con vos.
 Yo nada tengo que daros
 Mas que mi amistad , mi amor....
 Dadme cien años de vida....
 Y....

—¡ Callad , misero !

—No ,

No partireis sin que logre....
 —Pues bien , tomad esas dos ,
 Y si os vale su asombroso
 Poder regenerador
 Cien años os doy de vida
 Para que alabeis á Dios.

En esto se oyó en los aires
 Tronar la gigante voz
 Que dijo al Judío : ¡ Marcha !
 Y al punto mismo partió.

Quando el golilla á sus solas
 Se encontró ya en su aposento
 Turbósele el pensamiento
 Con una idea fatal.
 ¿Si habrá atentado á mi vida
 Dijo , con tan vil engaño?
 ¿Si invencion suya en mi daño
 Será esta trama infernal?
 Y absorto en tan triste idea

Sombrio y meditabundo
 Quedó en silencio profundo
 Y en profunda distraccion,
 A su oscura incertidumbre
 Solucion buscando en vano,
 Las pildoras en la mano ,
 Y el miedo en el corazon.

Deciase allá en su mente:
 ¡ Si yo algun medio alcanzára
 Que alguna luz arrojára
 Sobre la oscura verdad !
 ¡ Oh si cien años de vida
 Me asegurára el comellas!...
 ¿ Mas si las trago y con ellas
 Me voy á la eternidad?
 ¿ Diréle al médico?... nunca.
 Si la lengua no me muerdo
 Por Dios que el hombre no es lérdo
 Y se las sopla por mi !
 ¿ Iré al confesor?... tampoco
 Dirá que es cosa de hechizo
 Y acaso algun bebedizo
 Hará de ellas para si.

¿ Qué hacer , Santo Dios? tomarlas
 Puede salir cara fiesta ,
 Mas necedad manifiesta
 No tomarlas puede ser.
 ¡ Si las tomo y torno á jóven !...
 ¿ Mas si las tomo y estallo?
 Probable á la par lo hallo.
 ¡ Válgame el diablo , qué hacer !

Y en duda tal se pasaba
 Un dia tras otro dia ,
 Y nunca se decidia
 Por ningún partido el juez.
 En contemplar á sus solas
 Sus pildoras se ocupaba
 Y del cajon las sacaba
 Y las guardaba otra vez.

Al fin tras largas vigillias
 Dijo una vez decidido :
 « Mas vale mal conocido
 Que dicha por conocer.
 « Iré pasando la vida
 « Como hasta aqui la he pasado

«Y si obro como un menguado
«¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser?
«Pero, con una experiencia
«Quisiera al fin convencerme...
«¡El médico que duerme
«Todavía! ¡ea, valor!
«Está en su casa; no hay otro
«Diez leguas á la redonda,
«Cuando al efecto responda
«Sea en contra ó en favor,
«Nadie dará con la causa.
«¡Bah! salga lo que saliere
«Allá voy.—Y si se muere
«Vaya por los que él mató.»
Y en una copa de leche
Que junto al lecho vió llena
El juez con mano serena
Las dos píldoras echó.
Fuese tras esto el suceso
A esperar solo á su casa;
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afán.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle van.
Al fin despues de tres horas
De afanosa expectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la mujer
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.
Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando
Con la mujer razonando
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra
Sin movimiento ni voz.
Cárdeno el rostro, morado,
Los labios frios, y lleno
De manchas que del veneno

Señal evidente son;
Estaba ya el miserable,
Pero vivo todavía
Débilmente le latía
Oprimido el corazon.
Lloraba á voces la esposa
Y el juez que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal,
Y cuanto mas le miraba
Mas y mas se convencia
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.
Y á media noche el golilla
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente
Sería cadáver ya
Volvió á su casa diciendo
Consigo mismo. «¿Eh? ¡ya escampa!
«Si llego á dar en la trampa,
«Me largo por donde él vá.»

CONCLUSION.

Despues de una larga noche	Que le venian en pos
De congoja y desazon,	El sustento demandándole
Que en lucha consigo mismo	De que con él les privó,
El juez criminal pasó	Cuya fatal pesadilla
Rindióse por fin en brazos	Le oprimia el corazon.
De sueño reparador	Al medio de su carrera
Aunque acosado á las veces	Llegaba el siguiente sol
Por fatigosa vision.	Cuando á unas desaforadas
Ya via espirar al médico	Voces el juez despertó.
Cuya moribunda voz	Furiosos golpes se oian
Decia <i>ese es mi asesino,</i>	En su misma habitacion
<i>Ese, ese es quien me mató.</i>	A la puerta de su cuarto
Ya le veía á deshora	Redoblando con furor.
Fantasma amenazador	¿Quién es? dijo y respondieron
Embozado en el sudario	De fuera.—Abrid, que soy yo.
Entrar por algun balcon.	Hincóse el juez de rodillas
Ya cercado se creia	Trasgado de pavor,
De los hijos que dejó,	Y con angustia horrorosa
De la mujer y los deudos	Cuantos santos recordó,

Empezó á llamar á voces (Replicó el juez) pues yo nó.
 En balbuciente oracion. —Como señor de un milagro.
 El médico era en persona —Yo he sido solo el autor
 Que no era de otro la voz. Y si quereis de mi saña
 —Voto á mil diablos (decia) Salvaros...
 ¿Quereis abrir ó me voy? —En conclusion
 —Vuelve enemiga fantasma ¿Qué es esto?
 (Decia el juez) vuelve á Dios —Que os aparteis
 Yo haré por tí penitencia. De mi vista ó voto á Dios
 —¡Pero hombre, por san Cenon Que os voy á hacer mil pedazos
 Haced cuanta os diere gana Sin poder con mi furor.
 Pero abridme! Ya estas palabras asiendo
 —¡Abrirte! nó. De un larguisimo espadon
 Vuélvete en paz al sepulcro. Iba á caer sobre el médico
 —¿Perdido habeis la razon Que echó por un corredor.
 Hombre dado á Barrabás? Un aposento tras otro
 ¿No estoy diciendo que soy Amedrentado cruzó
 Yo, don Lucas vuestro médico Y dió por fin en la calle:
 En cuerpo y alma? Mas al tender en redór
 —¡Gran Dios! Los ojos despavoridos
 —Abridme y oireis cosas Con espanto grande vió
 Que os parecerán ficcion. Que el juez se arrojaba á ella
 Lanzado por un baleon.
 Cayó en las piedras el triste
 Y de tanta elevacion,
 Que si intentaba matarse
 Con tino lo ejecutó.
 Llegóse el pobre médico
 Movido de compasion,
 Mas era el golpe de muerte
 E inútilmente acudió.
 El juez le dijo mostrando
 En su rostro y en su voz
 Las mas certeras señales
 De honda desesperacion:
 «Soy el hombre mas estúpido
 «Que de mujeres nació,
 «¡Maldita sea mil veces
 «La ciencia de Salomon!»
 A cuyas ruines palabras
 El miserable espiró.
 No comprendiendo el buen médico
 Tan extraña confesion.

FIN DE LA LEYENDA SÉPTIMA Y ÚLTIMA.

INDICE

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGINAS.
BIOGRAFÍA DE D. JOSÉ ZORRILLA..	VII
INTRODUCCION..	30
LEYENDA PRIMERA.— La princesa doña Luz.— La venta- na de la torre.	32
Aventuras y desventuras.	36
LEYENDA SEGUNDA.— La princesa doña Luz.— El caba- llero.	43
El plazo.	57
El juicio de Dios.	65
Encuentro y resolucion.	70
Conclusion..	76
LEYENDA TERCERA.— CAPÍTULO PRIMERO.— De como un español se enamoró de una francesa.	77
CAPÍTULO SEGUNDO.— De como se la hubieron la francesa y el español.	84
CAPÍTULO TERCERO.— En que se cuenta malamente una aven- tura digna de ser mejor contada.	93
CAPÍTULO CUARTO.— En dónde verá el lector, si tiene pacien- cia, el fin de la comenzada historia.	103
Conclusion..	110
LEYENDA CUARTA.— Margarita la Tornera.— Invocacion..	111
El padre y el hijo	112
Insensatez y malicia.. . . .	117
Tentacion.	124
La despedida.	133
Lances imprevistos.	144
Aventura tradicional.	159
Apéndice á Margarita la Tornera.— Fin de la historia de don	